

CLASE V

IGNACIO GREZ

EL ESTADO DE INCONSCIENCIA

Somos tan leales a nuestros ancestros y a nuestra cultura, que por cuenta propia decidimos de una u otra forma, ser los representantes del conflicto familiar y social, que básicamente es lo mismo. Ninguna familia podría alguna vez representar un conflicto ajeno a la sociedad, así como ningún individuo podría representar un conflicto ajeno a su familia.

Es así, que tal como dice Jodorowsky, no existen problemas individuales. Lo que yace en nuestro interior, vale decir el inconsciente, acarrea conflictos globales. Ergo, **la crisis social es la representación de nuestra crisis interior expresada colectivamente.**

Mientras sigamos pensando que el conflicto social no tiene relación con nosotros, nos privamos de la posibilidad de continuar avanzando. No somos culpables, pero sí somos responsables. Quizás sea tiempo de preguntarnos ¿Qué está despertando en mí esta situación? ¿Por qué esta situación política a mí me produce rabia y a otros admiración?

Honestamente no hay nadie allá afuera que pueda despertar una emoción que no se encuentre previamente en ti, y son justo esas emociones las que te impiden ser feliz, o alcanzar esa paz de la que tanto se habla, que a medida que reaccionamos al mundo, pareciera ser cada vez más distante.

Las emociones que te causan tus familiares, la sociedad misma, el presidente o lo que ves en las noticias, ya estaban en ti, ya eran parte de tu inconsciente, te venían doliendo hace años. Esas personas que te causan rabia, te están haciendo tomar consciencia de la rabia que ya tenías. Entonces ¿qué harás al respecto? ¿vas a continuar viéndola en otras personas? Lo más probable es que sí. En los próximos capítulos veremos el porqué de esta decisión.

Podemos usar a los demás para culparlos de nuestro dolor, cavando así nuestro propio pozo sin fin, o podemos aceptar la invitación que nos hacen los demás a tomar consciencia.

Anteriormente, podríamos haber llegado a pensar que X sociedad, sumada a X familia, daría como resultado X individuo, trazando así un esquema lineal de causa y efecto. Esta ecuación para algunos, quizás, sería ideal, nos coloca en la posición de víctimas del sistema, y anula por completo nuestra responsabilidad en él, pero la verdad es que esto no es así. Ningún proceso lineal habla de algo real, siempre hay más. Nuestra responsabilidad vuelve a la mesa al trazar un esquema bidireccional.

En el minuto que nosotros decidimos dar por ciertos los esquemas psicosociales y familiares, nos comprometemos a mantenerlos. Finalmente son los individuos, es decir tú y yo, los que nos encargamos de reproducir el mismo sistema.

Sí, es cierto, la misma sociedad y la misma familia nos programa para mantenerlos, pero somos nosotros los que le hacemos vista gorda a la incomodidad interna y se nos

hace más sencillo seguir mirando al exterior en busca de un culpable.

A veces me pongo a pensar ¿qué pasaría si alguien detiene el ciclo? Probablemente pensaríamos que está loco, o también diríamos que no es suficiente, que se necesita un cambio social radical. Pero... si un individuo es capaz de crear una familia, y luego esa familia es la creadora de una sociedad... ¿Acaso no partiría todo desde el individuo (desde ti)?

La resolución pareciera ser un tanto escasa, ya que al parecer muy poca gente se detiene a ver el problema de fondo, lo que nos lleva a preguntarnos ¿Por qué nos da tanto miedo el movimiento, entendiéndolo como el cambio?

Hasta el momento, nuestros miedos, culpas y rabias internas se proyectan en la familia y la sociedad, y en vez de reflexionar frente a la situación, optamos por juzgar, culpar, atacar, huir, etc., convirtiéndonos en nuestros propios verdugos. Nos quejamos de una situación que finalmente nosotros mismos optamos por seguir repitiéndola.

No sería mejor preguntarnos ¿Por qué tenemos estos sentimientos de rabia y odio? ¿En realidad es en contra de alguien más o es hacia nosotros mismos? ¿De dónde vienen y para qué? ¿Por qué nos da tanto miedo hacer algo distinto?

Nacemos con un inconsciente violento, no porque esa sea una característica del mismo, sino porque así ha sido la

historia de la humanidad. Tenemos odio, miedo y culpa en nuestro inconsciente desde que nacemos. No somos culpables de esta situación, pero sí responsables de no seguir repitiendo los mismos horrores, y para esto, hay que tomar consciencia del contenido de estos tres tipos de inconscientes ilusorios (individual, familiar y colectivo). Sí, ilusorios porque no es que existan, son sólo conceptos. Finalmente podríamos hablar del estado de inconsciencia, sin necesidad de complicarnos tanto.

El hecho de hablar de tres tipos de inconscientes, a fin de cuentas, es una forma de simplificar la comprensión del mismo en sus distintas áreas, sin embargo, finalmente es sólo el estado de inconsciencia.

Es la inconsciencia, relacionada con todo lo heredado, lo no resuelto y la constante incomodidad que esto implica, la que le ha traído por miles de años un sufrimiento inagotable al ser humano. A causa de ella matamos, robamos, mentimos, dominamos y una serie de otras manifestaciones similares.

En la inconsciencia nos mantenemos en un constante malestar, como si siempre nos faltara algo, es la misma inconsciencia la que nos mantiene en una búsqueda constante de sentido. La inconsciencia nos mantiene distraídos, repitiendo el pasado, proyectando sobre los otros nuestro propio dolor interno.

Frente a este dolor, existen muchísimas formas de evasión, algunos se aíslan, otros se vuelven extremadamente perfeccionistas, como si buscaran compensar algo, otros

sienten que deben salvar el mundo (nuevamente compensando), y otros buscan desconectarse recurriendo a drogas y adicciones. Puedes creer que hay formas de escapatoria mejores que otras, pero a fin de cuentas son todas lo mismo; evasión.

Pese a las distracciones, llega un minuto en que este estado de inconsciencia alcanza un mayor grado, un mayor porcentaje de la totalidad de nuestra mente, hasta alcanzar su plenitud y ante la menor amenaza, el menor miedo, estallamos en cólera. Vienen sentimientos como la ira, una agresión constante que puede llegar a afectar una sociedad entera, como vimos anteriormente. De pronto, una incomodidad produce un gran estallido.

Tal como vimos, el mantener nuestros mecanismos de defensa por tantos años finalmente termina siendo dañino, sólo tensa más el elástico y el contragolpe es más fuerte. Dicho estallido, que incluso puede ser social, no es más que una representación teatral de nuestros conflictos internos.

Es la expresión del mensaje que nos ha estado dando nuestro inconsciente por medio de la incomodidad, nuestros síntomas y malestares.

Frente al mensaje transmitido tenemos dos opciones; reaccionar a él y desatar toda esta energía reprimida que contenemos, o la otra alternativa es sobreponernos a él mediante el entendimiento.

Casi siempre optamos por la primera opción. Desoímos los avisos ,nos mantenemos en esta locura de señalar con el dedo a otro, lo cual explica por qué el ser humano ha

eliminado a millones de su misma especie y se ha estado encaminado a aniquilar al mundo entero con él. La agresividad que se reprime se manifiesta en contra del individuo (profundo sufrimiento) y luego se proyecta al exterior causándole daño a quién esté más próximo. Por medio de la inconsciencia es que repetimos una y otra vez la historia familiar y los modelos sociales. Por esta inconsciencia es que a veces sentimos que nuestra vida no avanza, debido a que repetimos una y otra vez el mismo esquema, sin saber cómo salir de él.

Con todo lo anterior, hemos dado una mirada al conflicto individual, familiar y social que es llevado mediante nuestras percepciones a nuestra mente y se expresa como un ADN, como un código, en definitiva, como un mensaje colectivo en un nivel inconsciente.

Por lo tanto, es necesario cuestionarnos si el mensaje que estamos reproduciendo en nuestras mentes potencia o limita nuestras vidas. Lamentablemente, por lo general estamos reproduciendo una novela violenta basadas en percepciones erradas de la realidad, la mayor parte de las veces por falta de conocimiento o vacíos en nuestras historias. Esto ocurre por el hecho mismo de quedarnos con puntos de vista de otras personas (lo que nos contaron nuestros padres o abuelos, que no siempre se ajusta a la realidad de los casos) y por no formular nuestros propios criterios ni profundizar a cabalidad en las problemáticas que se vivieron.

En respuesta, si estamos reproduciendo una novela

dramática, trágica, violenta, en definitiva negativa en nuestra propia comprensión de la realidad y de nuestras vidas, por supuesto que todo lo que veremos en el exterior será lo mismo; drama, tragedia, violencia, tristeza, dolor. Pero ¿qué pasaría si reprodujéramos en nuestra mente paz, amor, alegría y gozo? Probablemente veríamos lo mismo en el exterior y este libro no tendría sentido alguno.

Este desbalance a nivel mental, que implica por una lado reproducir un mensaje colectivo dañino, pero por otro, aspirar a ser feliz y otras metas, nos mantiene en la lucha entre dos fuerzas, el ego y el amor (lo veremos más adelante). Esta misma lucha provoca un desbalance a nivel corporal y en nuestras mismas formas de pensar, lo que no es más que un primer aviso de nuestro conflicto interior. Como es afuera es adentro, dice la Cábala, lo que ocurre a nivel físico no es más que un pálido reflejo de lo que sucede a nivel mental o interior.

REFERENCIAS

Grez, I. (2021). Trascender; pasar de víctima a sanador.